

PAÍSES POÉTICOS DE ANTONIO PEREIRA

CARMEN BUSMAYOR

El nombre de Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) se asocia en la actualidad más con el narrador de cuentos que con el poeta. Sin embargo, la poesía ha sido su primigenia vocación, la cual desde 1948, fecha en que se publica poemas sueltos (su primer poemario, «El regreso», data de 1964), cultiva con desigual regularidad, según puede observarse en *Países poéticos de Antonio Pereira*, resumen de mi flamante tesis doctoral, dirigida por José María Balcells, autor también del prólogo de «Países...», cuidada y hermosamente editado por la Universidad de León.

Y de alguna manera en las precedentes palabras ya he avanzado la razón de mi libro: profundizar en el conocimiento de la obra en verso de A. Pereira, insuficientemente atendida, y con ello arrojar un poco más de luz sobre la lírica del medio siglo, o del 50, de la que es parte principal. Para ello he desarrollado una serie de apartados y capítulos, tales como

«Trayectoria humana y literaria», «Conversaciones con Antonio Pereira», «Epistolario» (comunicaciones de Cela, Delibes, Jorge Guillén, Aleixandre, Otero Pedrayo, Ramón Carnicer, Buero Vallejo, Juan Carlos Mestre, Benjamín Palencia, Crémer, Antonio Colinas, Gamoneda, Celso Emilio Ferreiro, etc.), «Estructuraciones», «Recursos fónicos», «Recursos semánticos», «Tematología», «La gravitación de los contextos», «Poemas inéditos y poemas desconocidos», «Fase penúltima y fase última de varios poemas», «De y sobre Antonio Pereira»,

Si bien unos apartados y capítulos son más técnicos que otros, todos ellos resultan complementarios. Así en ningún caso resulta desdeñable, por ejemplo, «Conversaciones con Antonio Pereira», desvelador de los gustos, aficiones, inquietudes, amores, opiniones y demás del hombre que se enfrenta cada mañana al hecho de vivir y escribir, y que, en ocasiones, se traslucen en su obra. En similar sentido puede hablarse del «Epistolario», manifestante no sólo de las amistades y relaciones del poeta villafranquino, sino también de la percepción que de su poesía, del hecho poético en sí, de la literatura en general y de la vida poseen sus corresponsales. Valga de muestra el testimonio de Celso Emilio Ferreiro: «Sus poemas están impregnados de algo que, sin duda, le ha dado su tierra natal: un nítido aire, una severidad de formas y una fragancia antigua, que en ningún modo tiene que ver con lo anticuado». O la simpática misiva de Cela: «Desengáñate,

Antonio: matar un berciano es casi tan difícil como matar un gallego».

Asimismo, quiero incidir sobre «Fase penúltima y fase última de varios poemas». ¡Bien me gustaría contar con más muestras de las ofrecidas!

Pues desvelan la intimidad creadora del poeta, pero Pereira no conservaba más. Y si de agradecer es que me entregase éstas, no lo es menos el que depositase en mis manos un haz de «Poemas inéditos y poemas desconocidos», que revelan el arranque clasicista del poeta, proceder que paulatinamente abandonará en beneficio de las formas de la modernidad, adoptadas siempre con moderación por «El solitario de Papalaguinda», como denomina Blanca Berasátegui a este lírico cuyo epicentro temático es insoslayablemente el hombre. De ahí que conviene referirse a él como humanísimo poeta; humanismo que no es ajeno tampoco a su obra en prosa (novelas, cuentos, artículos periodísticos), donde las concomitancias con la obra en verso son mayores que las divergencias, según prueba el capítulo «Analogías y divergencias entre la urdimbre poética y la narrativa de Antonio Pereira», debido a que Pereira posee un mensaje único, como indica Miguel Dolç en la introducción a «Contar y Seguir», su poesía completa de hasta 1972, y él mismo declara: «Es como si yo tuviera un mensaje largo y continuado que voy entregando, unas veces en verso y otras en prosa, pero siempre sobre unas constantes que se repiten hasta la obsesión».

En fin, no sé qué decir más. Eso sí, doy fe de que amo a este libro mío y que en Papalaguinda se regocija el otoño.